

MISA CRISMAL

Catedral de La Habana, 7 de abril de 1995

Una de las Liturgias diocesanas más significativas es la Misa Crismal, que celebramos un poco antes de la Pascua, la fiesta cumbre del cristiano.

De la fuerza transformadora de la Pascua de Jesucristo, vencedor de la muerte, mana la vida en abundancia que Él mismo vino a traer a los hombres. Esa vida que la Iglesia anuncia cada vez que proclama la palabra de Dios y con la cual enriquece a los hombres cada vez que administra los sacramentos. Palabra y sacramento se unen admirablemente en la persona de Jesús, Él es la Palabra que se hizo carne y habitó entre nosotros para anunciar *«la liberación de los cautivos, la libertad de los oprimidos y dar una buena noticia a los pobres»*. Él es el profeta que señala el camino hacia un Reino nuevo donde brille la justicia y el amor, pero se hizo además Él mismo camino, por su ofrenda al Padre, con el poder que tiene de entregar su vida y recuperarla de nuevo.

Al ofrecer, de una vez por todas, su sacrificio en la Cruz, Jesucristo hizo de su palabra profética una acción sacerdotal que realiza la liberación ya anunciada por Él mismo. Por eso fue exaltado por Dios Padre que le dio *«un nombre sobre todo nombre»*, para que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en el cielo, en la tierra y en el abismo». De este modo quedó constituido Jesucristo Rey y Señor del Universo.

El Señor Jesús, profeta, sacerdote y Rey, entrega a la Iglesia la misión de prolongar su presencia en medio del mundo hasta el fin de los tiempos. Su orden a los apóstoles de ir a hacer discípulos de todos los hombres va precedida de la afirmación de su poder: *«Se me ha dado pleno poder en el cielo y en la tierra»*. Con este poder, Jesucristo constituye a su Iglesia continuadora de su misión y le asegura una asistencia especial por medio de Él mismo: *«yo estaré con ustedes siempre»*, y a través del Espíritu Santo: *«no los dejaré huérfanos, les enviaré un consolador... él les enseñará todo lo que deben saber»*.

La Iglesia perpetúa, pues, la triple misión profética, sacerdotal y real de Cristo. proclama una palabra que no es suya, sino del Señor y lo hace bajo la acción del Espíritu Santo. Ofrece en la Eucaristía el único sacrificio que salva a los hombres, el de su Señor Crucificado que triunfa de la muerte por Su resurrección. Y es en el mundo testigo y fermento de un Reino que no es de poder, sino de servicio, porque Él no vino a ser servido, sino a servir.

Para manifestar la especial relación que Jesús establece entre el culto a Dios y el amor al prójimo, Él unió de tal manera su ofrenda al Padre al servicio de los hombres, que en la misma cena en que nos dejó el memorial de su sacrificio, la Santa Eucaristía, quiso dejarnos también el memorial de su servicio cuando lavó los pies de sus discípulos. De ambos gestos tenemos los cristianos un mandato de Jesús: *«hagan esto en memoria mía»*, dijo de la ofrenda del sacrificio eucarístico. Y al lavar los pies de sus discípulos les manda: *«He hecho esto para que ustedes hagan lo mismo: que se laven los pies unos a otros»*.

Propone nuevamente el Señor, en estas dos acciones, los dos mandamientos en los cuales Él mismo había resumido toda la ley y la enseñanza de los profetas. En la acción sacramental de su ofrenda al Padre, hecha con pan y vino, está cumplido de modo eminente el *primero de los mandamientos*: *«Amarás al Señor tu Dios, con todo tu corazón, con todas tus fuerzas, con todos tus sentidos y potencias»*. Y en el

lavatorio de pies está ejemplificado el otro mandamiento que es igual al primero: amarás a tu prójimo como a ti mismo.

Jesús, que no había venido a abolir, sino a completar y a dar plenitud, establece una Alianza Nueva en su sangre y un culto nuevo que incluye un modo también novedoso de vivir el amor servicial. Ese será el desafío de la Iglesia en cualquier parte del mundo y en cualquier momento de la historia de la humanidad: Hacer realidad el culto de adoración al verdadero Dios por medio de Cristo ofrecido y acogido en el corazón en la acción sacramental de la Iglesia y hacer del amor servicial al prójimo parte integrante del culto en espíritu y verdad que Cristo ha instaurado.

Para ello, el Señor Jesús instituyó el ministerio apostólico. Por la predicación de la Palabra: «*Vayan al mundo entero y anuncien esta buena noticia*» y por los sacramentos: «*bautizando en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo*», los apóstoles comienzan a hacer presente en medio de los hombres, no solo de Galilea y de Judea, sino hasta el confín del mundo, a Cristo resucitado, con su poder de transformar las vidas de cuantos crean en Él y se bauticen.

Pronto los apóstoles instituyeron colaboradores suyos en su ministerio propio de enseñar, santificar y guiar a la comunidad de los creyentes. De este modo, el sacerdocio cristiano se especificaría muy tempranamente en dos grados diferenciados: el obispo, sucesor de los apóstoles, y los presbíteros, colaboradores inmediatos del obispo. Así es hasta nuestros días y de esa participación sacramental en el único sacerdocio de Cristo para un especial servicio a la Iglesia es muestra y anuncio esta celebración de la Misa Crismal.

En ella los sacerdotes, ministros del Señor, renuevan su entrega a Cristo como servidores de la Palabra, de los sacramentos y de sus hermanos. Y toda la comunidad diocesana agradece en la oración el don del sacerdocio ministerial cristiano, que prolonga, para bien de todos, la acción sacerdotal de Cristo. Además, el pueblo fiel reza por sus pastores.

Toma conciencia, también la Iglesia que se congrega significativamente alrededor de su Obispo, de su propia misión profética, sacerdotal y real. Pues, si bien no todos los cristianos son ministros ordenados para enseñar, regir y santificar a la comunidad de los creyentes en Cristo, sí todos participan del sacerdocio común de los fieles. De esta manera, ustedes, queridos hermanos y hermanas, sean diáconos, ordenados especialmente para el ministerio de servir en la caridad, sean religiosos o religiosas, que por la consagración de sus vidas a Dios constituyen un llamado continuo a las conciencias de los hombres sobre la primacía de Dios y de los bienes espirituales, sean laicos, que especialmente por su acción en el mundo, en su vida familiar, en su medio de estudio y trabajo, hacen presente a Cristo por la palabra, la actuación y el testimonio; todos, como miembros del único pueblo de Dios, participan con su obispo y sus sacerdotes de la única misión de la Iglesia: anunciar a Cristo al mundo. Y de este modo toda la comunidad cristiana se dispone también a renovar su triple compromiso de ser un pueblo de profetas, sacerdotes y edificadores de un reino donde el amor y el servicio al prójimo tienen valor de alabanza a Dios.

¿Cómo debe en Cuba hoy desarrollar la Iglesia esta triple misión que le ha confiado Jesucristo?.

Primero debemos preguntarnos con quiénes cuenta para eso la Iglesia. Sabemos que a todos los cristianos encarga Jesús la misión profética de hacer llegar a los hombres el primer anuncio de Jesucristo Salvador.

Nadie, pues, debe preguntarse si esto corresponde a los sacerdotes o a los laicos, porque compete a toda la comunidad cristiana. Otro tanto debe decirse de la catequesis, que es un paso más en el conocimiento de Cristo, adaptando la metodología a los jóvenes, a los adultos, a los niños, a los ancianos o a los discapacitados. De modo similar podría responderse en lo tocante a todo el quehacer evangelizador de la Iglesia.

La pregunta válida que puede y debe hacerse el cristiano es: ¿dónde puedo servir mejor?, ¿cuál es mi carisma, el don que seguramente Dios me ha dado para que sirva mejor a la Iglesia y a los hermanos? y ¿cuál es mi disposición a servir?

Quizá te sientas llamado a promover a tu prójimo para que reconozca su plena dignidad humana y llegue a descubrir y desplegar todas sus posibilidades como persona, sabiendo que sin esto no podría nunca ser realmente cristiano. Deberás conocer para ello, con mayor profundidad y sistematización, la Doctrina Social de la Iglesia, con el fin de prepararte a un apostolado más activo como estudiante, como trabajador, como profesional, en cualquiera de los grupos que hay en la Arquidiócesis. La Comisión episcopal «Justicia y Paz» ayudará a desarrollar los esfuerzos que ya se emprenden en este campo.

También podemos responder a la pregunta de cómo realizar ahora la misión de la Iglesia, fomentando la oración y enseñando a orar, preparándonos para animar grupos de oración en barrios y poblados sin templos, como modo muy apto de llevar la Palabra de Dios a tantos que tienen sed de ella. Son numerosos y variados los grupos de oración que existen en la Arquidiócesis, en dependencia de algún movimiento o autónomos. Tal vez tú deberías integrar uno de ellos. ¿No estará faltando en la vida de muchos cristianos la dimensión esencial de la oración?

La misión sacerdotal del discípulo de Cristo no puede tampoco olvidar la consagración del mundo a Dios. Esta la realiza el cristiano por medio de su misma actuación como esposo o esposa, como padre o madre de familia, como maestro o como trabajador manual o intelectual. «*Lo que hagan, ya sea de palabra o de obra, sea todo en nombre del Señor*». El hecho de desempeñar un encargo determinante en la Iglesia como catequista, animador o animadora de pequeña comunidad, visitador de enfermos, misionero itinerante, etc., obliga aún más a los fieles laicos a dar a Dios el culto de una vida familiar, laboral o estudiantil, en plena consonancia con el Evangelio y los valores de la fe católica y con proyección en la sociedad humana.

El Movimiento Familiar Cristiano, que fortalece la unión entre los esposos, el amor entre estos y sus hijos y promueve los valores de la familia, tiene un gran papel entre nosotros, precisamente a causa de la crisis que atraviesa la familia cubana. Hay también otros grupos y movimientos laicales que se preocupan por la formación integral de los laicos para hacer de sus vidas, en medio del mundo, un canto de alabanza al Creador y un testimonio de amor por medio del servicio a los hermanos.

Estos grupos eclesiales pueden ayudarlos a muchos de ustedes a cumplir su misión propia en la Iglesia y en el mundo, que proviene no de la pertenencia a ninguna de esas agrupaciones, sino del Bautismo que los incorporó a Cristo y les hace participar de su misma misión.

Una dimensión indispensable a la fe cristiana y a la acción de la Iglesia en cualquier tipo de sociedad es el servicio cristiano a todos los necesitados, sin ninguna distinción. A través de CARITAS Arquidiocesana, nuestra Iglesia tiene diversos programas para la atención a ancianos y enfermos, personas afectadas con el «síndrome de Down», apoyo a los grupos de Alcohólicos Anónimos y otros servicios más.

CARITAS no debe ser vista únicamente como una organización que provee medicamentos y alimentos, sino como una red de equipos parroquiales o eclesiales integrados por miembros de las distintas comunidades que dan su tiempo y su esfuerzo para apoyar a las personas carentes de lo indispensable para la vida física y también de afecto y atención, con el fin de promoverlos humana y cristianamente. A esta acción servicial están convocadas todas las parroquias e iglesias de la Arquidiócesis.

Queridos hermanos y hermanas: Dios los ha bendecido a ustedes con muchos y variados carismas y todos estos deben confluír en la única misión de la Iglesia. En esta hora en que nuestros hermanos se acercan a la fe en búsqueda de un nuevo sentido a sus vidas, el laicado católico cubano debe mostrar más que nunca su disponibilidad.

Al obispo corresponde armonizar los diversos carismas y ministerios, indispensables todos para el bien de la Comunidad Diocesana. En esta tarea de coordinación, los sacerdotes ejercen, con el obispo y bajo su dirección, su función propia de regir la porción de la Iglesia que el mismo obispo le ha confiado. Regir coordinando no es lo mismo que disponer con autoridad absoluta. En una Iglesia enriquecida con el ministerio de los diáconos, el testimonio y la acción de la vida religiosa masculina y femenina; donde hay diversas organizaciones, grupos y movimientos con carismas eclesiales diferentes y complementarios, cuando las comunidades parroquiales y otras iglesias se extienden a barrios y a zonas rurales creando comunidades más pequeñas que se reúnen en distintos sitios, el párroco o rector de la iglesia será cada vez más el pastor de una comunidad de comunidades, de movimientos y de otros grupos y debe privilegiar, como parte importante de su ministerio sacerdotal, su acción armonizadora y coordinadora de los variados ministerios y carismas.

Es vital que el Seminario forme a los futuros sacerdotes desarrollando en ellos la capacidad de diálogo al interior de la Iglesia, para que lleven bien a cabo su misión de regir, que compartirán subordinadamente con el obispo y que consiste en armonizar lo plural para que sirva a la unidad del pueblo de Dios en su misión fundamental de anunciar a Jesucristo a nuestros hermanos cubanos.

Tanto los diáconos como las religiosas y religiosos no deben ser considerados ni considerarse ellos mismos como agentes pastorales supletorios en una situación de urgencia, rivalizando con desventajas, o aun con ventajas, con los presbíteros; sino que han de responder al llamado del Señor según su propio carisma y participar solidaria y complementariamente en el trabajo evangelizador que el obispo les asigne dentro de la pastoral de la Iglesia arquidiocesana.

Una seria formación del laicado para que pueda asumir tareas eclesiales como la animación de comunidades, o la catequesis de niños o de catecúmenos jóvenes o adultos y otros variados menesteres, así como para que su acción y su testimonio en

el mundo sean coherentes con el Evangelio, es un reclamo urgente de la Iglesia en Cuba hoy.

Ante la búsqueda de valores espirituales y la apertura a la fe por parte de tantos cubanos, con el consiguiente crecimiento en número de nuestras comunidades eclesiales, no puede responderse solo con acogida y un primer anuncio de Jesucristo Salvador. Nuestras comunidades, integradas casi en su mayoría por nuevos miembros, muchos de ellos jóvenes, que han crecido prácticamente sin ninguna referencia religiosa en sus vidas, ignorando aún los elementos más simples de la cultura tradicional cristiana de Cuba y del mundo occidental, en el cual se encuentra enclavado nuestro país; necesitan una formación integral cristiana que les descubra tanto los valores que manan del Evangelio, como la misma grandeza y dignidad de la persona humana, su responsabilidad ante la vida, sus deberes como hijos de Dios con su prójimo y la calidad del testimonio que deben como seguidores de Jesucristo en la familia, en el trabajo, en la escuela y en la sociedad. Este es un momento de consolidación de la Iglesia, después de haberse superado en gran medida la etapa de inhibiciones, temores y perplejidades de los años precedentes.

Los invito, pues, queridos hijos, a dar un sentido muy eclesial a su oración por los presbíteros, que renuevan hoy ante el obispo y ante todos ustedes sus compromisos sacerdotales para vivir en castidad, pobreza y obediencia eclesial su misión de colaboradores del obispo en la conducción del pueblo de Dios.

Pero recen no como simples beneficiarios del don del sacerdocio cristiano, por el cual los sacramentos de la Iglesia, especialmente la Eucaristía, santifican al pueblo fiel; recen también como colaboradores disponibles para llevar adelante con su obispo y sus sacerdotes la misión común a todo cristiano, aquella que Cristo confió a su Iglesia: proclamar ante el mundo un tiempo de gracia del Señor, anunciar a los pobres la salvación y a todo nuestro pueblo la esperanza. En una palabra, dar a conocer a Jesucristo, Hijo de Dios, Salvador.

Queridos sacerdotes: desbordados hoy por un quehacer pastoral que requeriría tres o cuatro veces más efectivos, sobrecargados por problemas de transporte, con su precioso tiempo perdido a menudo en preocupaciones domésticas: roturas, insuficiencias y dificultades de toda índole. Es cierto que el Señor nos ha bendecido con una cosecha abundante y nos conforta espiritualmente con tantas maravillas que ha obrado en favor de su Iglesia en Cuba, pero eso no quita que el sembrador se sienta a veces agotado, porque en algunos casos los reclamos de un mayor esfuerzo llegan después de años de esparcir incansablemente la semilla en tierra pedregosa en apariencia, o poblada de espinos, o simplemente porque esas dificultades y limitaciones, siempre superables con algún esfuerzo, duran ya sin variar demasiado tiempo y su acumulación produce cansancio.

Renovar sus compromisos sacerdotales es reencontrar la fuente fresca de la gracia sacramental del Orden; es buscar las fuerzas donde nosotros, los que hemos entregado nuestras vidas al Señor solo podremos hallarlas, en el Espíritu Santo, prometido por Jesús a sus apóstoles.

Y al tratar de fidelidad con Dios miremos con devoto amor a la Virgen fiel. Ella que comprendió pronto que «para Dios nada hay imposible» nos lo haga saber una y otra vez a nosotros, pobres servidores de Dios y de los hermanos. Así sea.